

Donde comienza y termina la pecadora? Comienza en Safo, en la Magdalena, en La Valliere, y concluye en Ninon y en Sofía Arnould. Vá desde los extravíos del corazón hasta el libertinaje como Marion-Delorme.

Si alguna gran señora se ofendiese al ver al moralista estudiar sus semejantes cuando están apasionados, cuando pálidas aun por su caída, comprimen los latidos de su pecho, el moralista podría contestarlas que entre ellas hay muchas que son dignas de ser pintadas, la una en la casta actitud de la maternidad pasando las fiestas al lado de su cuna; la otra entre grupos de mendigos, representando la Caridad que se oculta para hacer el bien como otras se ocultan para hacer el mal.

El padre Jacinto ya dará una conferencia sobre este tema. Dirá como el poeta que el amor de una virgen es una piedad y que el amor de una madre es una religion. Por lo que á mí se refiere, y que no predico, seguiré contando la aventurera historia de Octavio seguido por el cortejo de sus grandes damas.

Encontrará aun mas de una que le probará que el reino de la Virtud pertenece tambien á este mundo.

## XXXIV.

## DOS LÁGRIMAS DE GENOVEVA.

Desde que el duque de Parisis habia entrevisto á la señorita de la Chastaigneraye en la avenida de la Muette, marcando su hermoso pié en la blancura de la nieve, brotaba en él un hombre nuevo que amenazaba destruir el viejo. Aquella existencia aventurera estaba dominada por una sola idea. Hasta entonces en todos los horizontes que le atraian, habia visto mujeres: desde aquel dia en adelante, un horizonte mas puro atraia sobre todo su alma: este horizonte era aquel, donde brillaba la figura de la jóven, en la virginidad de los veinte años. Para él era como la luz sagrada, el sueño luminoso del porvenir, el arco iris del buen augurio, sobre la tempestad que le envolvía con sus nubes y sus rayos.

Por mas que él jóven tratase de afirmarse en el ateismo, por la intimidación de algunos estoicos de la antigüedad y por la ciencia de algunos doctores modernos, presentábase ante él lo desconocido y lo invisible con la casta y hermosa figura de Genoveva, bien como si la ciega naturaleza, no hubiese podido



crear aquella obra maestra con las manos del azar.

La señorita de la Chastaigneraye hablaba tanto á su cabeza como á su corazón: le recordaba su madre, por mas que no se le pareciese, sino porque hay ciertas fisonomias que recuerdan una legion de figuras poéticas. Que variedad de esferas hay en este mundo donde todo se toca! Es como el paraíso del Dante.

Los que niegan la fuerza del alma han estudiado acaso toda su acción divina? La presciencia será siempre mas fuerte que la ciencia, porque vé desde lo alto y á lo lejos. No es el recuerdo de la imagen corporal lo que se impone; es el alma misma, que con los ojos de otra alma reviste la forma visible. Por mas que Octavio se hubiese alejado de Genoveva, por mas que se hubiese perdido en este París ruidoso, donde todo se olvida con mas prontitud que dando una vuelta al rededor del mundo, el jóven veía siempre aquella hermosa imagen, por la misma razon de que habia tomado posesion de su alma. Aunque hubiese ido al Perú ó á la China la hubiera seguido en su camino. Ella se imponía con la dulzura que penetra; ella dominaba por la gracia; era la hermana, era la amante, era la conciencia. Aquel hombre, que no queria creer en Dios, no se atrevía á negar la existencia de los ángeles; tanto sentía la presencia real del ángel guardian en la señorita de la Chastaigneraye.

Octavio sufría porque no veía á Genoveva: vivía siempre en el mismo torbellino; mas no pasaba un

dia sin que se volviese hácia Champauvert, y sin que preguntara á su alma si veía llegar alguna cosa.

Estaba á punto de regresar á Parisis con objeto de estar mas cerca de ella, para verla y hasta para entreverla.

Nunca habia tenido un verdadero miedo á la leyenda de los Parisis, y se decia á sí propio: «Qué importa! si tan solo yo gozase un año de dicha!» Pero luego temía la leyenda para Genoveva:

»EL AMOR DARÁ LA MUERTE Á LOS PARISIS.

»EL AMOR DE LOS PARISIS DARÁ LA MUERTE.

Esto sin embargo estaba resuelto á marchar, cuando cierta mañana recibió este billete de la marquesa de Fontaneilles:

«El señor duque de Parisis ha olvidado, sin duda alguna, el número de mi casa, y hasta creo que me ha olvidado á mí, pues ayer le ví guiar su carruaje como Apolo puede guiar el carro del sol; creo, si mal no recuerdo, que le dirigí una sonrisa y él no me saludó; él, que saluda como un emperador á todo el mundo.

»Si digo al señor duque de Parisis que mañana me encontrará cuando vuelva del Bosque ¿se dignará bajar del Olimpo para estrechar mi mano?

»La marquesa DE FONTANEILLES.»

—Es esto una emboscada? se preguntó Octavio. Es un paso que ella dá hácia mí? Se burla para ocultar



su corazón, ó se burla de mí realmente? Quién sabe! Desde que no frecuento su casa, tal vez ella quiere que la frecuente.

Recordó sus tentativas amorosas que hasta entonces se habían estrellado ante la altiva coquetería de la marquesa: él no la guardaba rencor; al siguiente día fué hácia las seis de la tarde á casa de la marquesa, en la esperanza de que sonaría la hora de la revancha y que iba á empezar su sitio para vencer á la Dama de Copas.

No contaba con la Dama de Palos.

Cuando anunció su nombre á un lacayo sintió un presentimiento. Algo triste hubo de cruzar por su alma.

—El señor duque es aguardado en el saloncito, dijo el criado.

Cuando Octavio hubo cruzado su puerta vió que se dirigia hácia él una mujer muy conmovida y muy pálida.

Esta mujer era la señorita de la Chastaigneraye.

El jóven cogió sus manos para besarla; pero notó dos lágrimas en sus bellos ojos.

—Lágrimas, Genoveva! lágrimas, vos que no llorais nunca!

—Octavio: recordais la leyenda de los Parisis?

*El amor dará la muerte á los Parisis.*

*El amor de los Parisis dará la muerte.*

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

## ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO SEGUNDO.

### LA SEÑORA VENUS.

		Pág.
I.	El ramillete de rosas . . . . .	5
II.	El veneno de los Médicis . . . . .	10
III.	El adios de Violeta. . . . .	13
IV.	Un alma en pena . . . . .	24
V.	Los cinco millones. . . . .	28
VI.	La dama blanca . . . . .	32
VII.	El dote de la señorita Ruisenñor . . . . .	42
VIII.	Un eco en el desierto. . . . .	49
IX.	Aliza . . . . .	53
X.	A dónde va una mujer que cae . . . . .	60
XI.	Monjoyeux y sus compañeros de aventuras . . . . .	62
XII.	Un cuarto con dos camas . . . . .	73
XIII.	Donde se trata de la señora de Marsillon que llevaba mascarones de oro sobre campo de gules . . . . .	84
XIV.	La luna miraba por la ventana . . . . .	91
XV.	Por qué Angela partía . . . . .	99
XVI.	Violeta incomunicada . . . . .	104
XVII.	Donde se verá como algunas señori-	